

CONGRESO MARIANO



FEMENINO



religiosa o social; dilucidarlas con criterio amplio, ilustrado, sereno, sin exagerados exclusivismos ni torpes e imprudentes concesiones. Puesto que dicha publicación sólo tendría por objeto poner atajo a la obra demoleadora de sus rivales, resultaría inútil si no aventajase a las mismas que pretende derribar.

«¡Esto es irrealizable!», se dirá: las intelectualidades católicas, tales como la obra las requeriría, están hoy día en crisis... semejante cruzada demandaría un enorme desembolso de dinero y sacrificios de todo género...

Indudablemente; la obra es magna y magnas también las dificultades con que habrá de estrellarse. Pero ¿no tendría derecho la causa católica, la santa causa de Dios, para exigir se haga en beneficio suyo siquiera lo que el enemigo exige de sus adeptos para combatirlos y que éstos le dan con entera generosidad?... Pero, a la verdad, nosotros servimos a Dios como de limosna, sólo le damos lo que nos sobra y en el momento que nos place. ¡Cuán pobre concepto tenemos de lo que es en sí el servicio de una causa! Toda causa—¡cuánto más la causa de Dios!—pide voluntades prontas, abnegadas, conscientes; esfuerzos generosos, perseverantes; actividades intensas, denodadas, inteligentes; y todo ello, ejercido en tan estrecha e indisoluble unión, como la altura de ideal lo impone. Cada cual está en el deber de hacer dar el más alto rendimiento a los talentos que Dios le ha confiado, ya consistan éstos en salud, dinero posición social, inteligencia.

No necesito agregar que el órgano de prensa propuesto deberá además ofrecer amplia y segura garantía doctrinal, lo que impone necesariamente tome la alta dirección de él un sacerdote de especial versación en la materia cuyo autorizado prestigio mantenga allí, juntamente con una inviolable adhesión al ideal propuesto, cohesión y fuerza en las actividades a tal obra consagradas.

Tengamos presentes las palabras de León XIII: «Es menester estar siempre en acción». Que la nuestra sea enérgica y firme y, a la vez, discreta y prudente. De la mujer depende el porvenir, pues ella tiene en sus manos la familia, y, ya sabemos que: cual es la mujer tal es la familia; cual es la familia, tal la sociedad.

El feminismo sin Dios y sus resultados

Amada Quiróz Muñoz.

Los seres que forman la familia, lo mismo que los que forman el estado y los que forman el Universo, no pueden llenar sus funciones ni conseguir su fin sino en tanto que el orden existe entre ellos, y el orden no puede existir entre ellos, sino por el equili-

brio de las fuerzas y de los poderes. Era, pues, necesario que el hombre y la mujer, seres de la misma naturaleza y de la misma especie, pero tan diferentes el uno del otro por sus cualidades y sus condiciones, pudiesen equilibrarse y armonizarse entre sí. Esto fué lo que hizo la sabiduría del Creador al formar a la mujer tanto más poderosa que el hombre por sus atractivos y sus gracias, cuanto que el hombre es más poderoso que ella por la fuerza y por la autoridad.

En efecto, la mujer, más débil que el hombre como ente físico, es más fuerte que él como ente moral. De derecho, el hombre es quien debe mandar a la mujer, supuesto que es su superior pero, de hecho la mujer consigue casi siempre atraer al hombre a su voluntad, imponerle aun sus mismos caprichos y dominarle. Aun cuando él es tan perfecto como Adán, tan fuerte como Sansón, tan astuto como Sísara, tan piadoso como David, tan sabio como Salomón y tan feroz como Holofernes, acaba casi siempre por dejarse arrastrar por la mujer, por someterse a ella y obedecerle.

El hombre, como poder independiente, considerado frente a frente de la mujer, depende de ella más de lo que cree. A pesar de darle sus órdenes, cede, sin apercibirse de ello, a su ascendiente, y sufre su dominación; y de aquí nace el fenómeno moral que todo el mundo y aun la misma Iglesia reconoce como un hecho incontestable, de que la moralidad o la inmoralidad de la mujer se reproduce más fácilmente en el hombre, que la moralidad o la inmoralidad del hombre en la mujer.

Este inmenso y terrible poder moral de la mujer sobre el hombre, para modificarlo según su modo de pensar, y hacer que él sea lo que ella es, lo ha consignado la Sagrada Escritura en los términos más claros y enérgicos y dice:

«El hombre se hace malo por un reflejo de la maldad de la mujer».

«Toda maldad es una cosa muy pequeña en comparación de la maldad de la mujer cuando ella es mala».

«El hombre que tiene una mujer mala tiene una llaga en el corazón».

La misma Escritura Santa nos presenta a Job quejándose de que la mujer había seducido su corazón y el mismo sagrado libro nos manifiesta el corazón de Salomón seducido y arrebatado por las mujeres.

Pero, según el mismo código divino, la mujer religiosa y honesta es tan poderosa para el bien como la mujer sin religión ni pudor lo es para el mal y dice:

«¡Oh cuán rica herencia es tener una mujer buena! Esta es la mayor recompensa que el hombre puede recibir en la tierra por sus acciones virtuosas.

«La belleza de la mujer buena regocija y embellece su casa, como el sol al nacer embellece y regocija al Universo.

Es una lámpara colocada sobre un alto candelabro, que esparramea en torno suyo el resplandor de la santidad.

No os separéis de la mujer buena y santa que os ha cabido en suerte, en el temor del señor; porque la gracia de su pudor vale todo el oro del mundo».

Así se ve lo que la mujer es, lo que vale y lo que puede respecto al hombre, según que es buena o mala, religiosa o impía.

Si tal es el poder moral de la mujer respecto a su esposo, es mil veces mayor con respecto a sus hijos y domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada: «Histoire de la Famille» dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al río y la base al edificio, es la familia al Estado y a la Iglesia; de manos de la familia recibe aquel sus conciudadanos y ésta sus hijos.

La familia está establecida lo mismo que la Iglesia, para velar sobre la vida espiritual del recién nacido; en el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, es donde el hijo de la eternidad debe recibir los primeros conocimientos de su doble origen, de sus grandes deberes, de su sublime destino; allí es donde el joven candidato del cielo debe aprender que, para ser elegido, sólo debe vivir para su Dios y para sus hermanos; allí es, en fin, donde él debe hacer este glorioso aprendizaje de las virtudes cristianas».

Santo Tomás hace notar que el matrimonio se llama en latín *matris-munium*, porque se refiere especialmente a la madre, es decir, que en la mujer se resume particularmente la familia, que la mujer es quien hace la ventura o la desgracia de ella, y que es el gran instrumento, el gran motor de su moralidad o de su corrupción.

Así, pues, la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace, no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades o de sus defectos, de sus virtudes o de sus vicios; y por consiguiente, la sociedad civil no es otra cosa que lo que las mujeres la han hecho; no es sabia o insensata, religiosa o impía, casta o corrompida, sino en proporción de la castidad o del libertinaje, de la religión o de la impiedad, de la sabiduría o de la ligereza de las mujeres.

La mujer piadosa, pura, sabia, prudente y devota, es la que, como madre cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre hermano; y como esposa, corrige al hombre esposo. Ella es esa antorcha resplandeciente de que habla el Evangelio, que, colocada sobre el candelabro doméstico, derrama incesantemente a su alrededor la luz de la fe en toda la casa e ilumina a todos los que en ella habitan. Porque la mujer religiosa es quien, con su conversación, sostiene y hace valer la enseñanza de la religión, y la realiza con sus virtudes; y por lo mismo que sostiene en acción la religión en la familia, la sostiene en el Estado. Pues así como la familia no es religiosa sino por la

religión de los individuos, así el Estado no es religioso sino por la religión de las familias.

Es verdad que los hombres son los que forman las leyes, cuyo bueno o mal espíritu decide de la ventura o de la desgracia de la sociedad. Pero las leyes no son otra cosa que el reflejo y la expresión de las costumbres públicas, y, como se ha reconocido constantemente, las leyes son una letra muerta, las leyes nada valen, nada son sin las costumbres. Horacio decía: «Así como las mujeres son las que principalmente forman las lenguas y los proverbios, así también ellas son las que forman las costumbres, los usos y los modales de los pueblos.

Por más que hagáis, decía el mismo poeta a los romanos, no os libraréis de las grandes desgracias que os amenazan: «Roma está arruinada porque sus mujeres están corrompidas». Ved aquí el notable pasaje en que este poeta pagano pinta la corrupción de las mujeres romanas de su tiempo, y ateniéndose sólo a los grandes principios tradicionales de la humanidad, anuncia que las costumbres licenciosas de las mujeres acarrearían la ruina del Imperio.

Cuando la corrupción no llega más que al hombre, no se ha perdido todo, porque el hombre puede ser mejorado por la mujer; pero cuando la corrupción ha llegado hasta la mujer, nada queda ya que espererar porque la mujer no puede ser restaurada por el hombre. La mujer es la fuente de la vida social, es el corazón de la sociedad; y las aguas emponzoñadas en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazón son incurables.

En materia de errores sucede lo mismo. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas a las familias, pasan de los libros a las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Atenas a Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una sola mujer distinguida que no llevase la imagen de Epicúro pendiente de su collar y de sus brazaletes.

Pues bien; mientras que la filosofía de Epicúro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusión para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste a las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entonces, sólo entonces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó, y produjo aquella espantosa corrupción de costumbres, que fué la verdadera causa de la caída del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las heregías, el protestantismo y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres...

Si el filosofismo tuvo tanto séquito en Francia en el penúltimo siglo, fué porque las mujeres del pueblo y de la alta sociedad se empeñaron en hacerse teólogas según Voltaire y filósofas según Rousseau. La manía y el fanatismo de las mujeres por aquellos dos hombres tan funestos fué lo que contribuyó a la propagación de sus horribles doctrinas. La irreligión, en aquel siglo no salió de las escuelas, sino de los salones. Los hombres la formularon en sistema, pero las mujeres la pusieron de moda, y de esta manera la recomendaron y aun la impusieron a todas las clases. El Club de Holbach era presidido por las mujeres y no contentas ellas con inspirarlo y animarlo con su adhesión y con sus adulaciones, lo apoyaban en todas partes y aun en la misma corte y bajo la sombra y protección de la mujer causó tantos estragos en Francia y aun en Europa, con un desbordamiento tan horrible y una impunidad tan escandalosa.

La mujer francesa fuera de la religión católica contribuyó mucho al inmenso trastorno del orden religioso, político y social que se llamó la «revolución francesa». La literatura, la moda, la novela, la filosofía, la química, la medicina, la astronomía y la historia natural, se coaligaron contra la religión por conducto de las mujeres; ellas le prestaron su ayuda y su adhesión.

Catalina II reina de Rusia, es la triste personificación de la mujer sin Dios. Era viuda y soberana de grandes Imperios, fué la Mesalina de los tiempos modernos, más célebre por sus adulterios que por sus conquistas, conspiró con los cómplices de sus desórdenes contra su desventurado marido Pedro III a quien destronó e hizo estrangular después de haberlo hecho envenenar. Su política fué la política de la astucia, de la iniquidad, de la opresión y el asesinato; engrandeció sus estados por toda especie de crímenes y por el mayor de los crímenes, que fué la desmembración de la Polonia.

Este cuadro de horror, de maldad y de hipocresía, prueba que la historia lamentable de la apostasía del Eden se ha repetido y se repetirá continuamente en el mundo. Satanás, haciéndose serpiente o haciéndose hombre, es quien inventa el horror y la maldad, y Eva, la mujer, es quien lo persuade, lo propaga y lo afirma.

Las actas del Congreso Femenino en Francia, realizado en Septiembre de 1900 habla muy en alto de la corrupción y la degradación moral de la mujer sin Dios.

Allí Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, España, Suiza, Holanda, Bélgica, Bulgaria, Italia, México y Rumania, estaban representadas por sus delegadas y, esas reformistas modernas en su ansia de realizar la emancipación absoluta de su sexo, rompen todos los lazos de familia, pisotean el yugo ominoso del matrimonio, y por unanimidad de votos se pidió el divorcio y la disolubilidad del matrimonio.

La educación dada a nuestras niñas, así tan a la moderna, con esa vanalidad espiritual, ese desenfado y desenvoltura, ha deste-

rrado de la sociedad y del pueblo en general, costumbres que siempre enorgullecieron a la raza chilena.

Algunas hijas, esposas y madres modernas, se empeñan y aspiran a renovar los principios de moral cristiana y piedad verdaderamente sólida en que reposa la sociedad según el pensamiento de Dios; y se coaligan para sacar del corazón lo más noble y sagrado: la abnegación y el sacrificio en el cumplimiento del deber. Quieren romper todas las dulces ligaduras que las aprisionan en el hogar y las tienen atadas a los encantos y deleites de la familia, constituída como Dios lo ha ordenado desde el principio del mundo.

El traje que algunas mujeres chilenas llevan en el templo, en la calle y paseos, revela que su corazón vive sin Dios y, que por lo tanto, es frívolo, liviano y ligero. Que a la manera de las mujeres romanas de que nos habla Horacio, las costumbres paganas que se han arraigado en él, nos harán lamentar la ruina del Estado, de los hogares y las familias. Y, un nuevo diluvio o un azote como el de Sodoma y Gomorra, venido de la mano justiciera de Dios que, cansado de tolerar ingraticudes, tiene que probar a la humanidad que si es cierto, que El es Padre bondadoso y tierno, también es Juez severísimo y recto.

Algunas obreras, criadas y jóvenes de mediana posición no son mejores a este respecto.

La falta de enseñanza religiosa, la impiedad actual en la juventud y la inmoralidad que a diario ven, ha vuelto a estas gentes de baja esfera, irrespetuosas y altaneras y, se les oye con mucha frecuencia reclamar la igualdad de clases con un ardor y entusiasmo que asusta. No son ni quieren ser las humildes, sumisas y resignadas que, en tiempos mejores y más felices para la Iglesia y para la Patria, la mujer era por su piedad, devoción y virtud, el mejor adorno de la sociedad y el hogar.

Porque el feminismo sin Dios es como la escuela sin Dios. Es el virus ponzoñoso que incula en las almas la corrupción y el vicio. Es el fantasma tétrico y sombrío que hiere de muerte al hogar y a la familia en particular. Es el retroceso moral y patriótico bajo todo punto de vista.

¿Cuál será el remedio para este mal tan grande? ¿Será la lectura de libros instructivos y piadosos? No; Dios mismo debe ser la medicina. Dios mismo en el sacramento del amor debe ser el regenerador de la mujer de poca fe. El que por tanto tiempo busca un abrigo, un consuelo, un rinconcito en ese corazón que le haga olvidar su perfidia y alejamiento. Debe ser Dios, y solamente Dios el que haga volver al redil a la oveja descarriada.

A vos dignísima y respetable señora Presidenta de este honorable Congreso, a vosotras distinguidas y nobles congresales, os toca impedir con vuestro ejemplo en la Comunión frecuente y diaria, el avance del feminismo sin Dios en nuestro caro suelo que, como veis, va camino de invadirlo todo, y absorberlo todo. Nació como

la larva en el capullo para aparecer después una mariposilla que revolotea inconsciente y se lanza sin reflexión al espacio en busca de la luz que quema sus alas y le da la muerte.

Vosotras que sois las amigas de Jesús, la porción escogida de su rebaño. Vosotras las fieles imitadoras de la «Mujer por excelencia» de la «Mujer perfecta» que concibió en su seno virginal a la gracia y a la santidad misma y que se llamó María del Carmen, Generala del Ejército Chileno, proclamada por O'Higgins y San Martín en los campos de batalla. Esa Virgen pura e inmaculada, que hizo flamear glorioso nuestro estandarte en los sitios de Maipo, Chacabuco y Cancha Rayada, y que envolvió entre los pliegues de su blanco manto—tan blanco como las nieves de nuestras montañas—los cadáveres de Prat, Serrano y Aldea, y recogió en él la sangre de los mártires de la Concepción, para manifestar al mundo la grandeza y el heroísmo de los hijos de Chile, que guardan en su corazón la fe cristiana y el amor a Dios.

Y serán como la madre de los Macabeos las que inspiren al hombre valor ante los enemigos de la patria y de la fe. Como Judit encanta y seduce para dar muerte a los Holofernes modernos y como Ester debe arrebatarse con la belleza de sus virtudes domésticas a los Nabucodonosores actuales, los problemas de enseñanza e instrucción laica en las escuelas, que serán la ruina y el exterminio de las virtudes cívicas y morales del pueblo y la juventud.

Las Damas Catequistas

Trinidad Concha Garmendía.

Las inolvidables reuniones del Congreso Mariano Femenino han puesto en evidencia la cultura de la mujer chilena y su preparación en los diferentes temas que ha tratado. Pero, sobre todo, hemos visto surgir de ellos espontáneo y sincero el abnegado amor que la mujer profesa a los pobres y su preocupación por aliviar sus necesidades y miserias. En estos días han ido desfilando ante nuestra atenta admiración algunas de las numerosas obras de caridad establecidas en Santiago, todas hermosas, bien estudiadas y prácticas. Permítaseme también presentar ahora aquí, a las plantas de María del Carmelo, como última ofrenda de amor hacia Ella, una obra recientemente establecida entre nosotros; obra grande, como son grandes todas aquellas que el amor a Dios hace descender hasta el pobre y que el amor al pobre impulsa nuevamente a subir hasta Dios.

Desearía poder esbozar siquiera la obra que las Damas Ca-